

papel sobre el cilindro de imprimir, y otro mecanismo las recoge despues de impresas. Tal invencion es tambien debida á la inteligencia del referido gefe Chevalier Auer.

En este establecimiento empléanse tambien máquinas para hacer sobres de cartas, como tambien para el plegado de las hojas impresas.

El autor de estas grandes reformas, y de la mayor extension dada á la Imprenta imperial, ha sido el citado Director consejero único *Luis Chevalier Auer de Welsbach*. (Véase su biografía en el *Lexicon biográfico del Imperio de Austria*. Viena 1865-1866, publicado por el doctor Caust de Wurzbach).

Como complemento de esta suscita descripcion, debemos advertir que la Imprenta imperial no recibe subvencion alguna del Estado. Ella atiende con sus ingresos á la compra de tipos, al pago de los sueldos y pensiones de sus empleados, como tambien de los jornales de los obreros, á la adquisicion de máquinas, materiales, etc., ingresando lo sobrante en el Tesoro público.

Bajo las órdenes del Director se encuentran cuatro empleados gefes, 10 auxiliares para la Administracion, tres regentes superiores, 18 inferiores, siete correctores, tres

conductores de máquinas, y de 400 á 450 obreros.

Las horas de trabajo son de siete á doce de la mañana y de dos á siete de la tarde, cumpliéndose con severidad esta parte del reglamento. Durante las horas de trabajo está prohibido á los obreros alejarse ni por un instante del establecimiento sin permiso del regente de su seccion. Junto á la puerta hay un individuo encargado de examinar á los que pasan, de manera que ninguno puede entrar ni salir sin ser visto.

La Imprenta imperial tiene tambien su reglamento para el caso de incendio, reglamento en que se indica á cada individuo cuál es su deber en los momentos del peligro. Las calderas de vapor hállanse provistas de una válvula, que anuncia con un silbido si dicha caldera está demasiado caliente y puede ofrecer riesgo.

Por último, en dicho establecimiento existe con destino al socorro de los enfermos un fondo, al que contribuyen semanalmente todos los individuos con medio real, percibiendo en caso de enfermedad 2 florines (20 reales) por semana. Con respecto á los demás fines de esta institucion humanitaria, se han celebrado dos sesiones con objeto de reorganizarla de la manera mas útil.

El veneno de los Obeahs.

En una hermosa mañana de la primavera de 1828 me embarqué para la isla de Antigua, en donde mi padre tenia casa de comercio, á la cual me mandaba creyendo que algunos meses de practica me servirían mejor para conocer los productos y direccion de un establecimiento colonial, que todos los estudios históricos y teóricos que pudiera hacer en Inglaterra.

El hermoso horizonte que se presentaba á mi vista y que dentro de poco iba á atravesar, la algazara de los marineros que embarcaban mi equipaje, el majestuoso aspecto de la fragata que debia conducirme, y que ya pronta á surcar el Océano, se mecía dulcemente en un mar sereno, todas estas cosas se grabaron tanto en mi joven imaginacion, que no se han borrado aun, ni creo se borrarán nunca.

Partimos al fin, y despues de una navegacion feliz llegamos á Antigua, donde me establecí en la plantacion de un antiguo amigo y corresponsal de mi padre. Era viudo, y su hija única estaba educándose en Inglaterra, donde la ví pocos dias antes de mi partida, con pretesto de ir á ofrecerle mis servicios y de ver si me mandaba algo para Antigua. La presencia de aquella joven hizo en mi alma una impresion muy ligera, porque me hallaba poseido de aquel ardor tan natural en un joven que va á lanzarse solo en el borrascoso mar de la vida; únicamente recuerdo que me pareció graciosa y amable.

Cuatro meses habian transcurrido despues de mi llegada á la isla, y ya iba estando bastante enterado de las costumbres y usos de los negros, cuando ocurrieron los sucesos que voy á referir.

Estaba situada mi habitacion en la estremidad de un barranco, en cuya cavidad crecian las cañas de azúcar; la plantacion se estendia desde la casa hasta á unas cien toesas del mar. A un cuarto de milla de la habitacion, y por la parte mas alta del terreno, estaban situadas las cabañas de los negros, rodeadas cada una de un jardincillo; estos jardines no estaban cerrados, y se prolongaban hácia la

montaña á voluntad del cultivador. Los molinos y demás utensilios para la fabricacion del azúcar se hallaban establecidos en la playa, y por medio de una pequeña bahía podian las embarcaciones pequeñas cargar los toneles de azúcar; estas barcas trasladaban nuestras mercancias á San Juan, y allí recogian sus cargamentos los buques de las Indias orientales. Los negros vivian contentos y felices en aquella solitaria y agradable habitacion, y el domingo era un dia de descanso, ó por mejor decir de placer, porque mas deseaban esto último que lo primero. Apenas empezaba el sol á liquidar las gotas de rocío que centelleaban sobre las matizadas frutas, veíase á los indígenas vestidos de gala correr al mercado de la ciudad vecina, que se celebra los domingos de madrugada.

A la vuelta, se dirigia cada uno de ellos á la capilla situada en el camino de San Juan, á dos millas de nuestro establecimiento; el oficio divino se diferia hasta la tarde para que los negros pudiesen asistir.

Como ya llevaba algunos meses de residencia conocia á todos los esclavos, y asimismo penetraba todos los inocentes ardides de que se valian para sacarme algunas bagatelas, como por ejemplo, un vaso de ron, un poco de tabaco ú otras cosas por el estilo, cuando me acercaba á sus cabañas para presenciar sus danzas, diversion sin la cual no podrian pasar los negros un solo dia. Entre las mugeres se hallaba una joven esclava de unos 17 años, que pasaba por la doncella mas hermosa del país; ya habia yo notado la belleza de sus blanquísimos dientes, su graciosa sonrisa y el estremado aseo y elegancia de toda su persona; eran sus facciones un modelo de regularidad; y efectivamente, Cora, en comparacion de sus compañeras, podía pasar por una belleza. Generalmente era ella la comisionada por los esclavos para pedirme dos ó tres botellas de ron, que les diesen fuerzas para continuar sus danzas, en las que desplegaban todo el vigor de sus cuerpos. Mas de un enamorado Otelo tenia la hermosa esclava, pero el preferido, al parecer, era un tal John Pepper, un arrogante negro, jó-